

PRESENTACION

Este número de Estudios Sociales está dedicado a conmemorar los veinticinco años de la Confederación Latinoamericana de Religiosos (CLAR) y de la Conferencia Dominicana de Religiosos (CONDOR). Para tal celebración hemos invitado a un grupo de colaboradores, a abordar una temática socio-teológica que creemos puede ayudar a nuestros lectores a comprender el significado e historia de la vida religiosa y también de la religiosidad del pueblo dominicano.

La vida religiosa, que es el punto focal de nuestro número, es un fenómeno que caracteriza la Iglesia Católica. De una aparición relativamente tardía en la historia de la iglesia, en la segunda mitad del siglo III, cuando la primavera carismática del período apostólico estaba siendo sustituida por la institucionalización de las posteriores generaciones. El religioso brota de la coyuntura del seguimiento radical a Cristo, en el momento en que se juega la fidelidad e infidelidad al Dios que es siempre fiel. En la frontera entre el mundo y la Iglesia. En la fuga y en la inserción. En el profetismo y en la institucionalización.

El religioso es un hombre consagrado, que en la obediencia busca el servicio, en la castidad el amor y en la pobreza la libertad.

El religioso es un hombre de fidelidades. Fidelidad al Señor que llama. Fidelidad a la Iglesia que acoge. Fidelidad al pueblo de donde surge y donde trabaja. Fidelidad a la historia de su carisma institucional. No habría que explicitarlo, fidelidad eclesial, a lo Francisco del "ánima naturaliter católica" y a lo Ignacio de la "sancta madre Iglesia hierárchica".

El religioso es un hombre de contesta. Juan Pablo II, en su encíclica Redemptio Domini, 14, afirma que "el mundo tiene necesidad de la auténtica contradicción de la consagración religiosa como levadura incesante de renovación salvífica. Qué no os conforméis a este siglo!" En estos momentos de crisis estructural en que vivimos, la contradicción del religioso podría proveernos —parafra-seando a Arnold Toymbee— de esas almas grandes que buscan cambiar la vida en-

algo más grande que la mera vida y sembrar la semilla de un refrescante avance espiritual.

El religioso ha sido protagonista de momentos cruciales en la vida de la Iglesia. La evangelización de América es un testimonio de ello. Puebla, 8, asume unas palabras de Juan Pablo II en Santo Domingo para señalar a "aquellos religiosos que vinieron a anunciar a Cristo Salvador, a defender la dignidad de los indígenas, a proclamar sus derechos inviolables, a favorecer su promoción integral, a enseñar la hermandad como hombres y como hijos del mismo Señor y Padre Dios".

También en nuestro pueblo e Iglesia el religioso ha estado presente. Presencia contrastante. Del heroísmo de los padres dominicos de los primeros años de la Colonia se pasó a la abulia de la vida conventual de los siglos XVII y XVIII que condujo a que todos los religiosos abandonasen su responsabilidad pastoral cuando España cedió la Colonia a Francia. Durante el siglo XIX los religiosos estuvieron ausente, y los proyectos eclesiales de los obispos Monzón y Santaché se apoyaron en clero secular español y corso-italiano, respectivamente. Los proyectos de los obispos Portes y Meriño buscaron formar un clero secular nativo a través del seminario. Unos y otros tuvieron éxitos muy relativos.

En este siglo, Monseñor Nouel manifestaba que ésta era una "tierra de misión" necesitada de "hombres de sandalia y bastón que prediquen el evangelio día y noche". Esto se ha de entender, en el contexto histórico de aquel momento, como de religiosos extranjeros. Bajo Nouel y posteriormente bajo Pittini, se implementó esa idea. El número de religiosos creció. En 1912 había 66 sacerdotes diocesanos y sólo 8 religiosos, y en 1979 la proporción era de 158 y 377 respectivamente. A los ojos dominicanos esos eran hombres sin patria y sin padre, pero austeros y trabajadores. Del agua que corría por sus manos hemos sido bautizados millones de dominicanos.

La CONDOR se fundó en 1959, pero no ha sido hasta los finales de la década de los 70s cuando se han percibido sensibles señales de dominicanización de la vida religiosa. La tendencia parece indicar que en los próximos años el proceso se acentuará. Pero el proceso es un futuro a confirmar por el reto de las fidelidades.

Fidelidad al Señor que llama a quien quiera y donde quiera. Fidelidad al pueblo empobrecido y pobre dominicano que tras cuatro siglos de historia busca su identidad y dignidad. Fidelidad a la "Iglesia del obispo" dominicana en su pluralidad, deficiencias y riquezas. Fidelidad a la historia del carisma institucional que no es dominicano sino universal.

Qué acontezca la vida religiosa!